





EL PARAJE MIELGO



Francisco Cerezo

EL PARAJE MIELGO



Primera edición: julio 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Cerezo

ISBN: 978-84-17961-30-5

ISBN digital: 978-84-17961-31-2

Depósito legal: M-23291-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a todas aquellas personas que, sin importar los años, con esfuerzo, dedicación y sacrificio, han conseguido hacer realidad un sueño.



PRÓLOGO

La Edad Media es un período fascinante de la historia de la humanidad. Quizá sea porque se prolonga a través de un milenio, y mil años son muchos cuando existe memoria a lo largo de buena parte de ellos.

El fin de un imperio y el descubrimiento de un continente son los hitos que guardan la época. La caída de la vieja Roma en el año 476 es el punto de partida comúnmente aceptado. Por aquel entonces, el Imperio romano era ya apenas un recuerdo que se convirtió en leyenda a partir del siglo VIII con la aparición del Imperio carolingio.

La llegada de Cristóbal Colón a América en 1492 marca el final del Medievo, sometido ya a la imparable modernización renacentista y a punto para que la reforma protestante lo cierre definitivamente.

Un período apasionante, sí, por la cantidad de historias de la historia que la construyen día a día: la invasión de la España visigoda por los pueblos del norte de África, apenas convertidos a la novísima fe islámica; el «amago» de la primera Europa y Carlomagno; los ataques y expediciones de los vikingos; la derrota de Hastings que abre el paso a los normandos en Inglaterra; las cruzadas; los templarios; los caballeros teutónicos y las guerras contra los cristianos ortodoxos; la guerra de los Cien Años; la lenta

reconquista de la península ibérica que dura 800 años; el honor y el deshonor de las guerras civiles en los reinos cristianos de la vieja Hispania romana; los turcos y la caída de Constantinopla, la caída de Granada...

La mayor parte de la Edad Media no se entiende sin combate ni sangre como tampoco se entiende sin las órdenes religiosas —las militares y las puramente monacales— que salvan y refugian, especialmente estas últimas, la cultura y la memoria de gran parte del larguísimo período.

Y esta novela reconstruye la vida de uno de los más destacados monjes de entonces: un dominico «predicador», pues así eran conocidos, que es uno de los grandes iconos de Córdoba, patrón de sus cofradías: san Álvaro.

El esfuerzo y la oportunidad de esta novela son máximos. Por la parte del trabajo, porque el escenario de finales del siglo XIV y principios del XV no es tan fácil de armar como pudiera parecer. La cercanía frente a otros períodos más lejanos no garantiza más información, o por lo menos, más profunda del protagonista y es esencial novelar en la nota adecuada. No se puede desafinar, que es al fin y al cabo «alejar» a los personajes de un registro creíble y sensato, porque entonces se trata de otra cosa muy distinta que el relato histórico.

Y la oportunidad es evidente. Cuanto más conocemos y sabemos de quienes forman parte de la historiografía de nuestras ciudades, de nuestros hogares, mejor llegamos a entender el presente.

No voy a cometer el atropello —por emplear un término muy antiguo— de avanzar las historias de la historia que encierra *El paraje mielgo*. La cultura popular de hoy hablaría de *spoiler*. Hablemos en nuestro idioma y leamos una de las historias de la historia de

ese período fascinante que es la Edad Media. Porque, como dice el protagonista más de una vez: «Todo a su debido tiempo...».

FRANCISCO J. BOCERO DE LA ROSA



NOTA DEL AUTOR

Muchas dudas existen del origen natal del beato fray Álvaro, pues no existe documento alguno que demuestre que nació en tal o cual lugar. Tan solo aparece un nombre en un breve papal.

Mi intención, desde un principio, es la de mostrar el fiel reflejo de lo acontecido y cómo era y se vivía, tanto en mi ciudad, como en esa tierra repleta de reinos, que a la postre terminó siendo uno solo llamado España, y cómo era parte del mundo conocido en los siglos XIV y XV. Todo a través de la vida del beato fray Álvaro.

Me he tomado la libertad de elegir el lugar de su nacimiento, no por gusto, sino basándome en escritos de autores más cercanos a su época que yo, que si bien no pueden confirmar al cien por cien que su lugar de nacimiento fue Córdoba, sí lo evidencian y razonan con bastante coherencia.

Por tanto, en la presente obra, doy por hecho que el beato fray Álvaro nació en Córdoba en el año 1360.

Pido disculpas a todos aquellos que, por el contrario, piensen y defiendan que fue otro lugar el testigo de su nacimiento.

Asimismo, quiero indicar —dado que sabemos poco, o más bien nada, tanto de su infancia, como de sus viajes— que ha sido mi imaginación, en pro de una lectura más amena, la que ha narrado estos hechos, tomando, eso sí, de punto de partida, lo que realmente sí sabemos que ocurrió.

Escalaceli. Octubre de 1450

Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos. Así puedo describir la época en que compartimos vida fray Álvaro y un servidor.

Todo lo que os voy a contar es cierto. Que mi alma arda por la eternidad en el fuego del infierno si así no fuere. Pero, sobre todo, os contaré la vida de un hombre. Todo lo que viví y mis experiencias a su lado.

Muchos años han pasado y, ahora, en la novena década de mi existencia, lo recuerdo como si de ayer se tratara. Por esto, queridos míos, aprovecho estos momentos de lucidez para contaros todo lo acaecido.

Viajes, guerras, reyes, hechos inconcebibles en la cristiandad, ¡hasta tres papas coexistieron!, epidemias...

Pero empecemos por el principio. No adelantemos acontecimientos.

Yo era el menor de tres hermanos; por tanto, estaba predestinado a entregar mi vida a la Iglesia. Así debía ser.

Mi hermano mayor, Manuel, siguió la profesión de mi padre, escribano y secretario del Consejo de la Ciudad y, cuando este se retiró, una vez que la vejez le impidió desarrollar su trabajo, le sucedió.

Mi otro hermano, Rafael, tomó las armas, y para ello, por mediación de mi padre, entró al servicio del señor de Aguilar.

Y, como anteriormente mencioné, yo entregué mi vida a Dios. Bendigo aquel día que atravesé las puertas de entrada del Convento de San Pablo, pues conocí al que a la postre sería fray Álvaro de Córdoba. Corría el año de Nuestro Señor de 1368.

Tanto Álvaro como yo éramos niños. Tan solo contábamos con ocho años de edad. A pesar del transcurso del tiempo, aún recuerdo vivamente aquel momento.

Por cierto, mi nombre es Francisco.

I

—Buen día. Me llamo Francisco Rodríguez.

—Que Dios te bendiga, Francisco. Soy Álvaro de Córdoba.

Aquellas fueron las primeras palabras que intercambiamos. Era enero del año de 1368. Nos encontrábamos en la portería del convento. Hacía frío. Aquel enero golpeaba con dureza extrema.

Sentados en un largo banco de madera que reposaba contra la pared. Enfrente, dominando la habitación, un cuadro de santo Domingo. En ambas esquinas, junto a la puerta de entrada al claustro, se hallaban dos columnas de mármol blanco, liso y suave. Frío, muy frío. Sobre nosotros, a los lados, había dos antorchas encendidas. Daban luz y calor en aquella portería sobria y gélida. Nada tenía que ver con el exterior, de piedra cálida tallada por los maestros, con la vistosidad que otorgan los arcos apuntados. Y, como luego descubrí, con el interior.

El Real Convento de San Pablo era uno de los más importantes, insignes, que la Orden de Predicadores tenía en la provincia religiosa de España.

Fue construido en los terrenos que el rey Fernando III cedió a la Orden de los Dominicos. Terrenos que estaban purpurados con la sangre de innumerables mártires. Este hecho ocurría tras la reconquista cristiana de la ciudad en el año de Nuestro Señor de 1236.

La advocación del templo se debió a que era la festividad de San Pablo y San Pedro cuando se tomó la ciudad por los ejércitos cristianos.

Aquella zona de la ciudad estaba muy despoblada, por lo que el convento contribuyó a su repoblación. De vasta extensión, junto a la muralla, unía la zona de la Ajerquía y la Villa.

He de contaros que la ciudad de Córdoba se encontraba rodeada por las murallas árabes y cristianas que la defendían de posibles ataques. El recinto amurallado se abría al exterior mediante diversas puertas distribuidas por su contorno. Existía la Puerta del Puente y tuvo en aquel período un gran movimiento en sus alrededores. En el otro extremo del puente, la Torre de la Calahorra. Desde la Puerta del Puente arrancaba la muralla, que eran los muelles del río, y siguiendo el margen del río, que le servía de foso natural, se llegaba al final de la Puerta del Alcázar; y, dejando el río, seguía defendiendo en línea quebrada el Alcázar Viejo, hasta la Puerta de Sevilla. Una gran muralla con pequeñas torres llevaba a la Puerta de Almodóvar y detrás estaba la calle y barrio de los judíos, que fue el adarve interior. Delante se extendían huertas, entre otras la del rey, y un arrabal que estuvo muy poblado cuando la dominación árabe. Seguía la muralla hasta la Puerta de Gallegos y de ahí a la llamada Puerta de los Rumies o Cristianos por los árabes. A continuación, la Puerta del Rincón, porque formaba un ángulo muy obtuso. Continuaba la muralla hasta la Torre de la Malmuerta, que la mandó construir el rey Enrique III entre 1406 y 1408. Ya os contaré su historia. Encontramos después la Puerta del Colodro, en la plaza de la Lagunilla, nombre que tomó de Alvar Colodro, su conquistador, el primer soldado cristiano que atravesó las defensas musulmanas. De aquí a la Escusada, porque quedaba oculta, y a continuación la de Plasencia, las de Andújar, Baeza, Martos o del Sol.

Mientras esperábamos la llegada del fraile encargado de recibir a los novicios, yo observaba atentamente a Álvaro. Se encontraba ensimismado contemplando el cuadro de Santo Domingo. Quieto. Pensativo.

Yo, sin embargo, no dejaba de mover las manos, entrelazando los dedos, haciendo formas con ellos sin motivo aparente alguno.

Estando en estos nimios menesteres, se abrió la puerta, y tras ella aparecieron fray Pedro y fray Juan. Uno el prior del convento, el otro el encargado de los novicios.

Fray Pedro era hombre enjuto y alto. Su rostro reflejaba lo vivido. Tan solo un poco de cabello sobre las sienes. De voz apacible pero firme. Al menos seis décadas tenían ya sus huesos.

Por otro lado, fray Juan era joven. Pelo corto y dorado como el trigo seco. Un poco más bajo que fray Pedro. Sus ojos azules le imprimían ternura a su rostro.

—Bienvenidos a la casa del Señor —dijo fray Juan mientras extendía abiertamente sus brazos en gesto de acogida.

Álvaro y yo nos levantamos al unísono de un salto, como si un resorte nos expulsara del asiento.

—Álvaro, Francisco, pasad —nos refirió fray Pedro a la vez que se giraba levemente y con su brazo derecho nos invitaba a pasar—. Fray Juan os acompañará a vuestra celda y os explicará todo lo que hay que saber sobre la vida en este santo lugar.

—Seguidme.

Dándose la vuelta, fray Juan cruzó sus brazos e introdujo sus manos en las mangas de su túnica blanca; nosotros detrás de él.

Nos adentramos en el claustro, de forma cuadrangular. Estaba rodeado por un pórtico de arcadas. En su interior un maravilloso jardín, cuyos setos verdes y esplendorosos marcaban el camino. En el medio se encontraba una fuente octogonal culminada con una cruz sobre un gran pedestal.

—Decidme, ¿dónde nacisteis? —nos preguntó fray Juan sin detener el paso y sin girarse. Tan solo un leve movimiento de cabeza.

—Yo en... —contestamos Álvaro y yo a la vez.

—De uno en uno —aclaró fray Juan con un tono risueño—. Que empiece Álvaro.

—Yo nací en la collación de San Nicolás de la Villa y allí mismo fui bautizado.

—¿Y tú, Francisco?

—Yo en la collación de Santa María.

—Bien, muy bien —sentenció fray Juan.

Terminamos de atravesar el claustro. Nos dirigimos a las escaleras que daban acceso al piso superior. Balaustrada y pasamanos de piedra. Escalones cómodos de subir, si bien, el arranque y desembarco algo descompensados al resto.

Mientras iniciábamos la subida, fray Juan giró su cabeza. Nos miró.

—Vuestro día comenzará a laudes. Estáis obligados a asistir al coro a orar. Estaréis exentos de las demás horas de oración y de las labores cotidianas. Dedicaréis vuestro tiempo al estudio. La comida se celebrará tras la hora sexta y la cena después de vísperas. Ambas en el refectorio. Luego volveréis a vuestra celda —explicó fray Juan con gran parsimonia.

Al terminar sus palabras, nos encontrábamos en el pasillo al que daban las puertas de las celdas. Avanzamos, y llegando a la séptima puerta, paramos.

—Esta es la vuestra. Pasad —nos indicó fray Juan mientras abría la puerta.

La celda no poseía grandes comodidades, pero sí lo suficiente. Había dos camastros, uno enfrente del otro, pegados a la pared. Una mesa donde reposaban una jarra, un cuenco y un candil. Dos taburetes, uno a cada lado de la mesa. Debajo de la pequeña ventana, un arcón. Encima de cada camastro se encontraban nuestras túnicas y jubones junto a una manta. Presidiendo, un cristo crucificado.

Durante largo tiempo fray Juan nos estuvo aleccionando sobre las normas del convento.

—Ahora vestíos con las ropas que se os han preparado. En breve se celebrará la comida —con estas palabras fray Juan abandonó la celda.

Nos quedamos solos tras la marcha de fray Juan. Me sentía bien. Álvaro desprendía un aura de bondad y generosidad.

—¿Tienes hermanos? —le pregunté a Álvaro a la vez que me despojaba de mis ropas para sustituirlas por la túnica y jubón.

—Sí. Soy el menor de mis hermanos varones. También tengo una hermana.

—Yo también soy el menor de mis hermanos.

Teníamos más en común de lo que creía. Habíamos nacido el mismo año de 1360, por lo que teníamos la misma edad. Los dos éramos los hermanos menores. Los dos entregaríamos nuestras vidas a Dios Nuestro Señor.

—¿Y tus padres? —seguí preguntando.

—Bueno, a mi madre no la conocí. Su óbito se produjo poco después de traerme al mundo. Se llamaba Sancha Alfonso Carrillo.

—Se entristece mi alma al escuchar tus palabras.

—Mi corazón se consuela pensando que está en compañía de Dios.

—Amén. ¿Y tu padre?

—Mi padre...

Su semblante cambió al pronunciar aquellas palabras. Sus ojos se volvieron vidriosos. Una gran pena afligía su corazón. Quedó inmóvil. No podía articular palabra alguna. Después de un periodo de congoja, levantó la cabeza, clavó su mirada en mis ojos y me dijo con apenas un hilo de voz entrecortada...

—Está desterrado en Carmona.

Me contó que su padre era Martín López de Córdoba, perteneciente a casa de noble linaje. Maestre de la Orden de Alcántara y posteriormente de Calatrava. Camarero del rey don Pedro.

—Pero... ¿Por qué? —le pregunté sin creer lo que estaba escuchando. Su madre le había dejado para acudir a presencia de Dios Nuestro Señor. Su padre... desterrado.

—Por la guerra entre don Pedro y su hermano don Enrique. Los nobles partidarios de don Enrique se hicieron con la ciudad y desterraron a los que eran partidarios del rey don Pedro. Mi padre huyó a Carmona, ciudad esta que era fiel a las infantas hijas del rey, con mis hermanos y mi hermana.

—Pero entonces, tú...

—Yo me quedé a los cuidados de mi tía, hermana de mi madre, María García Carrillo.

No sabía qué pensar ni qué decir. Me había quedado atónito ante aquel relato. Álvaro podría haber escogido el camino de las armas al pertenecer a tal linaje y como sus antepasados así lo corroboraban. Sin embargo, optó por la fe a través de las letras y la ciencia. Muchas veces me dijo a lo largo de su vida: «Francisco, como pertenecientes que somos a la Orden de los Predicadores, no podemos predicar sin ciencia».

Terminamos de vestirnos y nos dirigimos al refectorio.

II

Pasábamos los días entre libros, bien escaso en aquella época, motivo por el cual se guardaban y cuidaban como si reliquia de santo se tratara. Doctos hombres nos instruían.

Desde el primer día se podía comprobar que Álvaro había sido elegido por la mano de Dios. En todo lo que hacía y decía se podía observar lo que la divina gracia iba disponiendo en su corazón.

He de confesaros, y que Dios me perdone, que mi actitud no era tal. Lejos quedaba mi persona de la grandiosidad de Álvaro.

Un día, quiero recordar del mes de abril de aquel mismo año, fue muy diferente a los demás. Nos encontrábamos en la escuela del convento. Íbamos todos los días después de orar laudes y desayunar.

—Álvaro, estoy cansado. Vayamos a la huerta a ver qué hacen los frailes —propuse con inusitada ilusión.

—No —obtuve por respuesta.

Álvaro no se dejaba dominar por las puerilidades típicas de la edad. Entregado siempre al estudio, sobre todo a estudiar los santos y las letras. Siempre me decía que el latín era lengua divina y que por ello debíamos conocerla.

Con mi ilusión rota por aquella tajante respuesta, me volví al estudio. No mucho después de aquel breve intercambio de palabras, llegó fray Juan a la escuela.

—Álvaro, Francisco, venid. Acompañadme.

Sin mediar palabra alguna, Álvaro y yo cerramos los libros que en aquel momento teníamos entre manos. Nos levantamos y acudimos al lado de fray Juan.

—Vendréis conmigo al mercado. Tenemos que adquirir algunos enseres que necesitamos.

Un júbilo exorbitado se apoderó de mi alma. Me encantaba salir. Pasear por las calles y contemplar la vida bulliciosa que las habitaba. Eran el alma de la ciudad. En ellas se desarrollaba la vida de sus habitantes.

Salimos del convento. Era un día nublado. Uno de esos días de aspecto nostálgico en los que parece que el alma está más cerca de Dios.

—Tomaremos la calle de la Feria para dirigirnos a la collación de Santa María —nos dijo fray Juan mientras con su dedo índice de la mano izquierda señalaba la calle.

—Después podemos entrar en la Villa por la Puerta de San Francisco —comenté ya que conocía bien aquellas calles, pues eran cercanas al lugar donde había nacido.

—Así es, Francisco —contestó fray Juan asintiendo con la cabeza.

—Es una puerta que se abrió en la muralla para comunicar la Villa con la Ajerquía. ¿Verdad, fray Juan? —dije muy orgulloso de mi sapiencia.

—Verdad.

Álvaro callaba. Seguramente él también lo sabía. Su persona sencilla y de generosidad infinita permitía que los demás obtuvieran y disfrutaran del placer del triunfo.

La ciudad se dividía en collaciones. Si no recuerdo mal, eran nueve las mismas. Que Dios me perdone si no es así. Estaban la de San Lorenzo, San Andrés, San Miguel, San Nicolás de la Axerquía, San Nicolás de la Villa, San Pedro, Santa María Magdalena, Santa Marina y la de Santiago. Cada una tenía su iglesia fernandina de donde tomaba el nombre. A finales de la centuria, se creó una nueva, la collación de San Bartolomé, que venía a ocupar el Alcázar Viejo y parte de la collación de Santa María.

Cuando entramos por la Puerta de San Francisco, el gentío aumentaba. Un ir y venir de personas. Conversaciones, personas que

vociferaban en sus tiendas situadas en los bajos de sus casas. «¡El mejor calzado!» se oía gritar a uno. «¡Frutas y legumbres frescas!», se le podía escuchar a otro. Hasta pudimos percibir la voz de uno que decía: «¡Huevos, tengo huevos y leche!». Corrillos ante una hoguera, carcajadas por un chascarrillo contado. Se palpaba la vida.

—Aligeremos el paso. Hemos de pasarnos antes por la calle del Potro para recoger a Rodrigo. Nos espera en la posada que allí se encuentra —nos dijo fray Juan mientras puso cada una de sus manos en nuestra espalda y nos achuchaba hacia delante.

Sabed que se llamaba así porque en aquella calle es donde se vendía las mulas y los potros.

—¿Rodrigo? —preguntó Álvaro.

—Sí. Un nuevo novicio que, al igual que ustedes, quiere entregar su vida a la oración y predicación dentro de la Orden de los Predicadores.

—¿De dónde es? —me adelanté a preguntar yo.

—De Valencia —contestó fray Juan a la vez que daba energía a sus empujones en nuestras espaldas.

A la postre, Rodrigo, que sería fray Rodrigo de Valencia, se convertiría en compañero nuestro de por vida.

Llegamos a la posada. Las puertas estaban abiertas de par en par. Constaba de dos plantas. Tenía un largo patio donde los que allí se hospedaban podían entrar con sus caballos o carros, para después el posadero encargase de ellos. En la planta baja, a un lado del patio, estaban las caballerizas; al otro, la taberna. Junto a la taberna había unas escaleras que daban acceso al piso superior donde se encontraban las habitaciones.

—Esperad aquí en el patio mientras entro a la taberna a preguntar por Rodrigo —nos ordenó fray Juan.

Desde nos encontrábamos apenas se podía ver el interior de la taberna. Solo podía alcanzar a ver alguna mesa de madera ocupada por hombres que compartían una jarra de barro, supongo que llena de vino, y algunas viandas en una cazuela, también de barro, acompañadas por un trozo grueso de pan.

No tardó en salir fray Juan. Iba acompañado por el posadero. Tomaron las escaleras y subieron. Se dirigieron por el pasillo, que estaba al descubierto con tan solo una balaustrada de madera para evitar caer al patio, a una habitación. El posadero llamó. La puerta se abrió. Un hombre, que yo diría soldado, apareció ante ellos y les invitó a pasar. Tras ellos, la puerta se cerró.

—¿Cómo será? —le pregunté a Álvaro.

—¿Quién?

—Pues Rodrigo.

—No lo sé. Pronto lo averiguaremos.

Efectivamente así fue. La puerta de la habitación volvió a abrirse. Salió el posadero. Tras él, fray Juan. Después un niño, que era Rodrigo, y por último el soldado. Estos últimos, antes de separarse, se fundieron en un abrazo eterno. El pequeño Rodrigo, agarrado al cuello del hombre. El hombre, agachado, rodeaba con sus brazos a Rodrigo. Un abrazo de amor fraternal. Luego supimos que eran hermanos.

Tras la despedida, Rodrigo acudió al lado de fray Juan. Bajando las escaleras no dejaba de volver la cabeza para mirar a su hermano, mientras, aquel, con un gesto con la mano, se despedía para siempre. Volvió al interior de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Sería un soldado, hombre curtido en mil batallas, pero yo pude contemplar cómo de sus ojos emanaban lágrimas de dolor.

El posadero regresó al interior de la taberna. Fray Juan y Rodrigo se acercaron a nosotros.

—Álvaro, Francisco. Os presento a Rodrigo.

—Bienvenido, Rodrigo —dije con cierta emoción.

—Bienhallado.

No repararé en contaros cómo era el aspecto físico de Rodrigo, de hecho, tampoco os he contado cómo éramos Álvaro y yo. Sabéis que el aspecto de un hombre cambia mucho con el paso de los años. De manera que no tengáis prisa. Ya lo sabréis a su debido tiempo.

Mientras salíamos de la posada, justo cuando atravesábamos sus puertas, fray Juan nos preguntó...

—¿Queréis conocer una historia que ocurrió aquí?
—¿Aquí en la posada? —preguntó extrañado Rodrigo.
—Sí, sí. Aquí mismo. En esta posada. ¿Queréis?
—Sí —solo se escuchó esa palabra con tres voces distintas...

las nuestras.

—Bien. Os la contaré. Venid, sentémonos en aquel poyo.

Fray Juan se sentó en medio. A un lado suyo, Álvaro; al otro, Rodrigo. Yo me senté delante, en el suelo. Fray Juan nos contó la historia, la cual escuchamos atentos y boquiabiertos.

Y ahora, queridos míos, os la cuento yo para que no caiga en el olvido.

—No hace mucho tiempo, en la primera mitad del siglo en el que vivimos, no importa el año, ocurrió un hecho en esta misma posada. La regentaba un posadero, mala persona, de baja estatura, casi enano, pequeña joroba y mal hecho. Sucio y desaliñado. Grosero. Maleducado.

»Era un día tormentoso. Llovía a cántaros. Un capitán del rey don Pedro, que se dirigía a Sevilla, paró en la posada para pasar la noche. Cuando el posadero vio al caballero, vestido con ricos ropajes, lo que demostraba su alta y noble clase, se ofreció a servirle los más exquisitos manjares para su yantar y el mejor vino para acompañarlos. El capitán asintió y se sentó en una mesa dispuesto a cenar. Mientras degustaba aquellas viandas, apareció una bella joven. Todos creían que era la hija del posadero. Este, de muy malos modos, la echó de la taberna.

»El codicioso posadero se había percatado de que el capitán no se separaba de unas alforjas que siempre llevaba consigo.

»Tras la copiosa cena, el caballero se dispuso para ir a su aposento. Según el posadero, era la mejor habitación de la posada. Camino de ella, la bella joven se asomó por una rendija y le dijo al caballero que no durmiera aquella noche. Después de esto, volvió a desaparecer. Y así lo hizo, se mantuvo despierto hasta que, de repente, en mitad del silencio de la noche, oyó unos ruidos. Se trataba del posadero, que acechaba por una trampilla que había

debajo de la cama con el fin de matarle y hacerse con los posibles objetos de valor que llevara en las alforjas en cuanto se durmiera.

»El capitán tiró de espada. El posadero, al ver una situación que no esperaba, huyó por donde había venido.

»Por la mañana, el capitán partió hacia Sevilla y dio cuenta al rey de todo lo que había ocurrido aquella noche. El monarca decidió acudir a Córdoba. Una vez en la posada, encontraron la trampilla, de donde sacaron varios cadáveres que no habían tenido la misma suerte que el caballero y a la joven muchacha, hija de uno de aquellos hombres, además de numerosas joyas.

»El castigo para el mesonero no se hizo esperar. El rey ordenó atar sus manos a la reja del mesón y sus pies a dos caballos a los que se azotó para que corrieran y desmembraran al infeliz posadero.

»A pesar de la tragedia, la parte feliz de la historia es que el monarca entregó a la joven en matrimonio al capitán, además de todas las riquezas que se habían encontrado aquel fatídico día.

Después de escuchar aquella historia, solo pudimos mirarnos entre los tres para posteriormente mirar hacia la posada. Ninguno de nosotros pronunció palabra alguna.

—Y ahora, vayamos a por lo que necesitamos —dijo fray Juan dándose unas palmadas en las piernas mientras se levantaba.

Álvaro extendió su brazo para ayudar a incorporarme.

Después de adquirir los enseres necesarios, nos dirigimos de nuevo al convento.